

y como será ya de noche cuando entremos en París, no puedo dejar de asegurar completamente vuestra persona.

Boisbourdon no replicó, y se dejó atar sobre su caballo sin proferir una queja, porque bien conocía que en la situación en que se encontraba, no podría menos de comprometerlo las reacciones ó una defensa importuna. Mientras se le conducía á la cárcel, el condestable, temiendo siempre que la escasa razón del rey se ofuscará antes de que este drama llegase al desenlace deseado, empleaba toda su influencia sobre el débil monarca para obligarlo á dar un golpe decisivo. Carlos, á quien la cólera animaba, firmó cuanto Armañac quiso, y tal fué la diligencia del condestable, que en la misma noche, mientras llegaba al Chatelet la orden de tratar á Boisbourdon con el rigor que se empleaba con los mayores criminales, la comisión que debía juzgar al desventurado joven, era nombrada y convocada para el siguiente día.

El caballero estaba pues, en el calabozo, engrillado de piés y manos, cuando se le sacó para conducirlo ante sus jueces. Se le dijo desde luego que estaba acusado de haber arrastrado á la reina á espantosos desórdenes, y que las pruebas de su crimen eran tan inequívocas, que no había modo de negarlas, y que solo confesándolas se podía implorar en su favor la clemencia del rey.

—Yo he servido al rey y nunca lo he ofendido,—contestó Boisbourdon:—siempre he sido súbdito fiel de él y de la reina, y no puedo por lo mismo confesarme culpable.

—Quedará comprobado en tal caso,—dijo el presidente,—que nos obligais á arrancaros esa confesion por los medios que la ley nos autoriza emplear.

Y al hablar así, enseñaba los instrumentos junto á los cuales estaban sentados dos atormentadores, que no esperaban mas que una señal suya para poner manos á la obra. El preso se puso pálido; pero permaneció inalterable.

—Cumplid con vuestro oficio,—agregó el presidente dirigiéndose á los atormentadores.

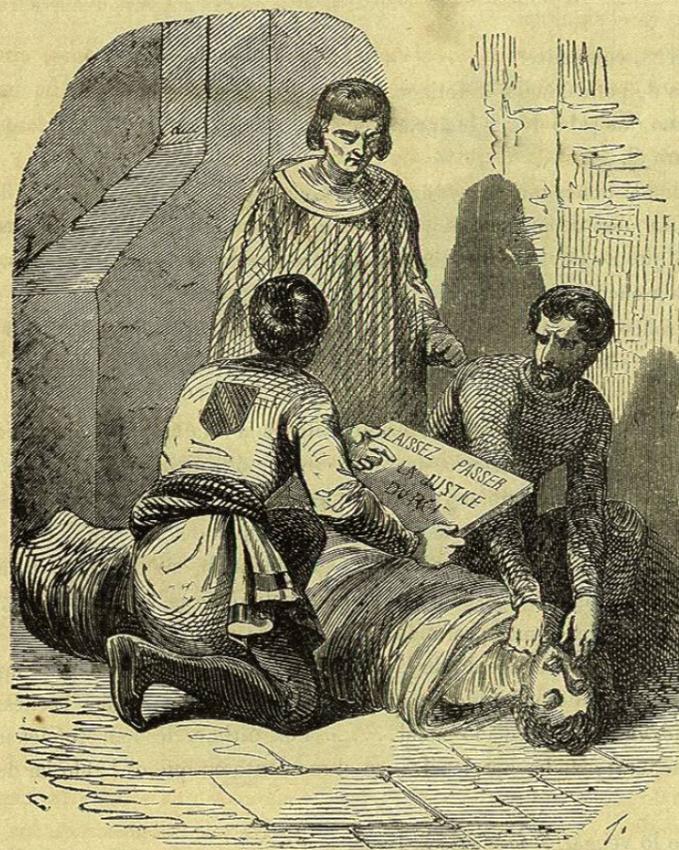
En el acto se apoderaron de Boisbourdon cuatro brazos vigorosos: se le pusieron en los piés y en las manos pesos enormes, y se le pasó luego por debajo de las arcas una cuerda que corría por una polea de fierro metida en la bóveda de la lúgubre sala en que se efectuaba el drama, y se colgó al acusado á seis piés de distancia del suelo. Los pesos con que lo habían cargado eran tan considerables, que al punto se le dislocaron brazos y piernas, se dilataron los músculos, se le rompieron las venas. Los sufrimientos del desventurado eran horribles, y sin embargo no profería una queja, ni respondía sino con una sonrisa de desprecio á las preguntas que se le hacían. Al cabo de unos cuantos instantes, los verdugos soltaron de pronto la cuerda de que colgaba el paciente, el cual cayó con estrépito sobre las losas y se desmayó.

Aquello no era mas que la mitad de los sufrimientos que debía soportar. Se le levantó, se le quitaron los vestidos, y los atormentadores despues de derramar aceite gota á gota sobre todas las partes de su cuerpo, lo acercaron á un fuego

ardiente, cuya acción no tardó en hacer reventar las carnes entumecidas. El exceso del dolor hizo volver en sí al infeliz joven, que abrió los ojos y sus miradas se encontraron con uno de los jueces, que se había levantado de su asiento y se aproximaba para interrogarlo.

—Atras!—esclamó Boisbourdon con voz agonizante:—la reina es inocente y vosotros infames asesinos.

No esperando obtener otras palabras, el presidente lo hizo conducir á su calabozo, formulando á continuación la sentencia de muerte, en que se expresaba que la ejecución se fijaría y determinaría por la *justicia soberana*, lo que significaba que se reservaba al rey la elección del suplicio que debía sufrir el sentenciado.



Boisbourdon, medio desnudo, tirado sobre una poca de paja y presa de dolores intolerables, llamaba á la muerte de todo corazón hacia muchas horas, cuando se abrió la puerta de su calabozo. Entonces vió acercársele dos hombres de rostro siniestro, uno de los cuales tiró en el suelo, junto al moribundo, un gran sa-

co de cuero en que el caballero pudo leer esta inscripcion en letras mayúsculas: *Dejad pasar la justicia del rey!* Todavía estaban fijos sus ojos en aquella especie de enigma, cuando el segundo de aquellos hombres le echó al cuello una cuerda de nudo corredizo, poniéndole al mismo tiempo un pié sobre el pecho.

—Cómo!—dijo el desgraciado amante,—ni siquiera una palabra de *ella*.... ni una sola palabra de consuelo!

Estas fueron sus últimas palabras: el hombre, apoyándose con vigor en su pié, estiró con todas sus fuerzas la cuerda, uno de cuyos extremos estaba enrollado en su puño derecho, y en el acto echó el sentenciado el último suspiro.

Entretando el compañero del matador abría el saco, y reuniendo ambos sus esfuerzos, metieron el cadáver en él y lo cerraron luego con una grue-a correa.

—Todavía hay mucha luz,—dijo uno de ellos:—te parece bien que esperemos la queda?

—Y la cena, compadre?

—Hablas de perlas, maese Santiago: no se vive con los muertos.

—Ninguno que sabe donde le aprieta el zapato, deja quemar lo que se está cociendo para él.

—Bien dicho: tienes mil veces razon. Ayúdame pues á cargar con este fardo.

Aquello fué obra de un segundo, y pocos instantes despues salian ambos del Chatelet; el que no llevaba nada iba por delante para apartar á los curiosos, y el otro lo seguía encorvado. Cuando llegaron al puente del Cambio, puso el último el saco sobre la barandilla, y cogiéndolo luego entre ambos con las dos manos por uno de sus extremos, lo arrojaron al Sena, despues de mecerlo un instante.

Isabel entretanto habia pasado la noche entregada á la mas mortal inquietud. Las amenazas del rey, la ausencia de Boisbourdon, á quien estaba convencida de que ningun obstáculo hubiera podido impedir pasar á su lado si hubiera estado libre, la noticia que le habia mandado dar el duque de Borgoña, todo esto reunido le causaba las mas vivas alarmas. Al amanecer envió á Paris á uno de sus confidentes, amigo de Boisbourdon, el cual volvió pocas horas despues, pálido, desfigurado, con el mas profundo dolor pintado en el rostro.

—Señora,—dijo con el acento de la desesperacion,—lo han cogido, le han dado tormento, le han despedazado los miembros, le han quemado las carnes.... y el noble jóven no ha revelado nada!..... Por último, lo han condenado á muerte, y segun todas las apariencias, en el momento en que os hablo ha dejado de vivir.

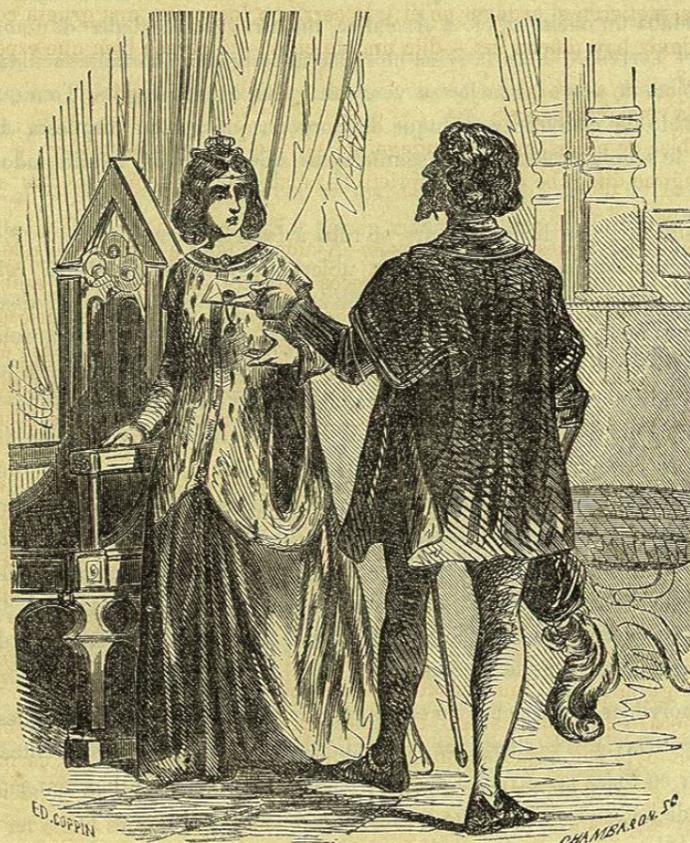
—Oh! yo lo vengaré!—esclamó la reina.

Y se paró, y se puso á andar precipitadamente: sus ojos, que no mojaron una sola lágrima, lanzaban relámpagos de furor.

—Ese infame Armañac ignora sin duda,—agregó,—que me basta pronunciar una palabra para poner cuarenta mil hombres sobre las armas.... cuarenta mil

de sus mas implacables enemigos... que puedo hacer despedazar su cuerpo y dárselo á comer á los perros.... Oh! sangre! sangre! sangre es lo que necesito para apagar la llama que me quema!.... Había yo nacido acaso para ser esclava, presa de un monarca imbécil!.... Ah! Borgoña, tú no sabes cuán cerca estás del triunfo!

La reina se detuvo: la sangre la sofocaba. De repente se oyó el sonido de las trompetas, y se anunció á Isabel que el condestable, á la cabeza de una formidable escolta, entraba en el Torreón. Casi al punto se presentó Armañac. La reina, mediante un poderoso esfuerzo de su voluntad, logró contenerse: hizo seña al amigo de Boisbourdon de que se retirara, y volviéndose al condestable, le dijo:



—Es mucho atrevimiento de parte vuestra venir así á poneros á mi disposicion.

—Ni estoy ni puedo estar mas que á la disposicion del rey, señora,—respondió Armañac con firmeza,—por orden suya estoy aquí, y he venido bastante bien acompañado para no tener nada que temer.

—En tal caso os quedaréis aquí solo, porque vuestra presencia me causa horror.

—Me dejaréis en efecto, porque vais à partir para Tours, adonde el rey os destierra. La escolta que debe acompañaros está lista, y la orden que traigo y que es esta, no os da mas que una hora de término.

Isabel pareció al fin agobiada con tantas emociones: flaqueáronle las piernas: asomaron las lágrimas en las cejas de sus ojos flameantes: tuvo que apoyarse con una mano en el brazo del sillón junto al que estaba, mientras tomaba con la otra la orden firmada por el rey, que le presentaba el condestable.

—Partiré,—dijo:—retiraos.

En efecto, como una hora despues estaba en camino en medio de una escolta que mandaba un oficial adicto à Armañac, mientras este acababa de tomar posesion del Torreón. Pero la reina no se habia resignado con tanta facilidad, sino con el objeto de asegurar mejor su venganza, y en cuanto llegó à Tours, su primer cuidado fué comunicar al duque de Borgoña que estaba dispuesta à escucharlo si le seguia profesando los sentimientos que le habia manifestado hacia poco.

Juan sin Miedo se dirige à Tours, se roba à Isabel, la conduce à sus Estados, levanta tropas à toda prisa y se declara abiertamente defensor de la reina de Francia, perseguida por los Armañac, que se han aprovechado de la demencia del rey para apoderarse del poder. Pone todo en juego à la vez para reunir à los partidarios que tiene en Paris, aumentar su número y proporcionarle los medios de ayudarle eficazmente. Los Armañac por su parte se preparan à la lucha; pero los manifiestos publicados por el duque de Borgoña y distribuidos con profusion en la capital, habian disminuido considerablemente las filas de los partidarios del condestable. Estallan sediciones: Paris es entregado à los Borgoñones, que hacen una horrible carnicería de los Armañac. Una de sus primeras víctimas fué el mismo condestable, à quien un albañil en cuya casa se habia refugiado, les entregó vilmente. Antes de asesinarlo lo desollaron vivo, y formaron sobre su cuerpo una cruz de San Andres, à fin, decian sus verdugos, de que fuera borgoñon despues de su muerte.

Estas horribles espediciones no eran mas que el preludio de ejecuciones mas espantosas todavia. Los asesinos se dividieron en seis cuerpos diferentes para ir à matar en todas las cárceles, en que habian encerrado los dias anteriores à personas de todas clases.

La sangre corrió durante tres dias, el 12, 13 y 14 de Junio, en los dos Chatelet, en el fuerte del Obispo, en San Martin de los Campos, en San Magloire y en el Temple. Nadie escapaba: ni ancianos, ni niños, ni siquiera las mugeres en cinta. Los Borgoñones no consideraban à los Armañacs como criaturas humanas. Uno de ellos que habia matado à una muger, cuyo hijo parecia moverse en su seno, dijo à uno de sus compañeros: «Todavía se menea ese perrito».....

Durante esos tres dias perpetuamente execrables, hubo tres mil degollados: dos arzobispos, seis obispos, varios presidentes, consejeros y relatores, fueron asesinados y tirados de lo alto de las torres de la Concerjería y del Chatelet grande, recibíendoseles abajo en las puntas de picas y espadas. Varias de esas desventuradas víctimas, creyendo escapar de los asesinos, se refugiaron en los calabozos; pero los bárbaros prendieron fuego à estos é hicieron que las llamas devoraran à sus enemigos, ó que los ahogara el humo.

La matanza se renovó con nuevo furor el 12 de Agosto, por haberse puesto en libertad algunos presos, cuya inocencia habia sido comprobada. Los Goix, los Saint-Yon y otros varios personajes, que no triunfaban sino en los males públicos, se pusieron à la cabeza de los sediciosos y los escitaron à esterminar los restos de los Armañacs. Se asociaron al verdugo Capelucho, y corrieron à las cárceles, acometiendo à derecha é izquierda à cuantos encontraban en las calles: forzaron las puertas de las prisiones, en las que asesinaron hasta trescientos detenidos. Este nuevo exceso de rabia duró siete dias consecutivos. Inmolaron à todos los objetos de su odio, ó à las personas cuya riqueza escitaba su codicia. Se vió al verdugo por las calles con un traje de damasco forrado de marta, hacerse llevar los presos y degollarlos por su mano, ejecutando él mismo los fallos sanguinarios que pronunciaba.

Entretanto la reina y el duque de Borgoña habian hecho el 14 de Julio, su entrada triunfal en Paris, por entre aquellas bandas de degolladores cubiertos de sangre. El júbilo radiaba en el semblante de Isabel, la cual se dirigió al palacio de San Pablo en que estaba el rey, lo obligó à montar à caballo, y à recorrer las principales calles de la capital para presentarse à los Borgoñones, sus buenos aliados.

Pero por grande que fuera la ferocidad de esa infame reina y de su execrable cómplice, pronto se asustaron de su propia audacia, temieron que se les resbalara el pié en la sangre, y para libertarse de las hordas de asesinos, Isabel hizo publicar que cierto número de Armañacs se habia refugiado en Montlhery, mientras el duque de Borgoña por su parte reunia en aquel punto un cuerpo de ejército formidable. Las cuadrillas de bandidos, animados con la esperanza de una victoria fácil y un botin considerable, se reunen, salen de Paris con banderas desplegadas y marchan sobre Montlhery, donde fueron de repente cercados por los Borgoñones, sus amigos, que los acometen con furor y matan hasta el último.

En medio de tantos disturbios, los dos hijos mayores del rey habian muerto envenenados: Carlos, último heredero del trono, educado en el odio del Borgoñon, se habia visto obligado à tomar la huida, y se esforzaba en levantar tropas para defender sus derechos.

Nada de esto habia impedido à Isabel establecerse de nuevo en el Torreón de Vincennes, ni renovar allí esas orgías, causas de tantos crímenes y desgracias. Despues de la muerte de Juan sin Miedo, asesinado por Tanneguy du Chatel, se

alía contra el Delfin su hijo, con Enrique V rey de Inglaterra, á quien entrega Paris, haciéndolo declarar regente y heredero de la corona de Francia. Enrique se establece en Vincennes; pero poco acostumbrado á la vida de corrupcion de aquel sitio, no tardó en caer enfermo, y murió en el mes de Agosto de 1422. Carlos VI no le sobrevivió mas que dos meses, y mientras Carlos VII combatía en el Anjou, Enrique VI, hijo de Enrique V y todavía en la cuna, era casi simultáneamente proclamado rey de Inglaterra y rey de Francia. La guerra duró todavía trece años, durante los cuales Isabel no salió de Vincennes, donde continuó entregándose á todos los actos ilícitos que engendraba su imaginacion depravada. Allí estaban aún cuando despues de una de esas orgías que eran su pasatiempo habitual, supo la celebracion del tratado de Harras (21 de Septiembre de 1435), en el que el duque de Borgoña, hijo de Juan sin Miedo, reconocia á Carlos VII. Isabel prorompe entónces en deprecaciones; pero de pronto le falta la palabra, cae sofocada, y espira entregada á aquel acceso de furor.

Poco despues entraba Carlos VII en Paris y se apoderaba de la Bastilla y de Vincennes. Parece sin embargo, que los ingleses recobraron esta fortaleza, de la que fueron de nuevo espulsados algun tiempo despues, porque leemos en una antigua crónica, á la fecha del año siguiente: « En la época enunciada de las « disensiones entre el rey de Francia y el de Inglaterra, maese Santiago de Chabannes redujo á la obediencia del monarca, la ciudad y castillo de Corbelle, y « el castillo del bosque de Vincennes, que tomó con auxilio de un tal Francisco « Regnie, que se habia vuelto ingles. Llamábase Ferriers, y dicho castillo fué « tomado por el Torreón, y se suscitaron acalorados debates entre los franceses « y los ingleses, á cuya disputa se sobrepuso el referido maese Santiago. . . . Y « despues de la toma del bosque de Vincennes, fué dado dicho castillo al propio « maese Santiago, en prenda de veinte mil escudos, que le fueron pagados unos « diez años despues.»

Dueño de nuevo del Torreón de Vincennes, Carlos VII lo hizo su residencia predilecta, tanto á causa de la belleza del sitio; como de la cercanía del castillo de la Belleza, que habia dado á Inés Sorel, su querida; pero la historia no cuenta los sucesos que acaso ocurrieron en aquella mansion real durante el reinado de ese príncipe.

Habiéndose Carlos VII dejado morir de hambre en 1461 por temor de ser envenenado por su hijo, este, ya rey con el nombre de Luis XI, manifestó igualmente particular predileccion á la residencia de Vincennes, en la que permaneció á menudo durante los doce primeros años de su reinado; pero como ese monarca de carácter cruel hacia infinitamente mas caso de las prisiones que de los palacios, y como el Torreón le pareció perfectamente acomodado para ahogar dentro de sus gruesas murallas las quejas de las víctimas encarceladas allí, lo abandonó en 1473 para convertirlo en prision de Estado, destino que conservó hasta 1789, y que le fué devuelto por Napoleon.

La historia de la prision es por consiguiente la que vamos á escribir ahora: las espantosas torturas, los sufrimientos increíbles de las víctimas, son los que vamos á referir: debemos revelar toda una larga série de crímenes horribles. Mas de una vez sin duda rebotará nuestra indignacion: mas de una vez hará caer la pluma de nuestra mano espantosas monstruosidades; pero sostenidos por el amor á la verdad, irémos hasta el fin. *Haz lo que debes, suceda lo que sucediere!*

### III.

Luis XI y Oliverio Ledan.—Felipe de Crouy y Francisca de Amboise.—Amor, cautiverio, evasion.—Gaspar de Heu.—El Torreón de Vincennes, sus reglamentos, su interior, desde Enrique II hasta Luis XVI.

El primer gobernador de Vincennes habia sido el conde de Tancarville, valiente capitán muy apreciado de Carlos V. Posteriormente, en 1420 cuando Isabel de Baviera y el rey de Inglaterra Enrique V, habitaban el castillo y el Torreón, se confió su gobierno á un ingles, el conde de Huntington. Santiago de Chabannes, que tomó la fortaleza por asalto, fué nombrado gobernador de ella por Carlos VII. Luis XI, que odiaba á los grandes y despreciaba al pueblo, nombró para el gobierno del Torreón, cuando resolvió convertirlo en prision de Estado, á Oliverio Ledan, que habia sido su barbero, y habia pasado á ser uno de los ministros de sus venganzas.

En aquella época se hicieron inmensas composturas en el Torreón; no solamente se consolidaron las paredes que tenian de seis á ocho piés de espesor, sino que se fabricaron vade in pace, calabozos subterráneos de grande estension, se clavaron en las paredes, argollas pesadas y ganchos resistentes, y cuando toda la obra estuvo terminada, se trasladó á la nueva cárcel en jaulas de fierro, á varios presos encerrados anteriormente en Montlhery, donde no los creia ya Luis en seguridad. Desde aquel momento dejó el monarca de habitar en Vincennes, del que se hizo Oliverio Ledan hasta cierto punto absoluto dueño. El antiguo barbero volvió á plantar el parque que habia sido devastado por los ingleses, y vivió como verdadero castellano.